

1

El amor virtual

ALBA

Una de las cosas más extrañas que pueden encontrarse hoy es eso que ha dado en llamarse amor virtual. Un amor que nace en un portal de Internet dedicado a que la gente encuentre pareja. Una página web repleta de fotografías en las que todo el mundo sonríe, por muy tonto que pueda parecer al hacerlo —algunos sonríen tanto que parecen anuncios de dentistas, o de pastas dentífricas, o un repertorio de psicópatas en potencia, si es que no lo son ya, porque con el descontrol que tienen los jueces—, y de descripciones personales en las que siempre sale favorecido el promedio del ciudadano típico, no sé si porque somos todos muy normales o porque nos entra el pánico al pensar que alguien crea que no lo somos: de creer en lo que confiesan en sus perfiles los frequentadores del

amor cibernético, aquí nadie fuma —y, cosa curiosa, no somos especialmente maniáticos con que el otro sí lo haga, lo que demuestra que quien recurre a esto ha llegado a tal grado de desesperación que raya en la hipocresía—, todos bebemos pero tan sólo ocasionalmente —lo que permite sospechar que esos borrachos con los que cualquiera se topa los viernes y sábados por la noche, que se mueven en grupos tan grandes que hacen pensar en verdaderas manadas, o bien están ya emparejados o no usan las páginas de contactos de Internet—, y consideramos nuestro defecto más notable lo fieles que somos a nuestras parejas —se supone que los que buscan pareja en estas web es porque no la tienen, así que o bien están mintiendo, y lo hacen como verdaderos cosacos, o, desde luego, no se están esforzando mucho en serles fieles a parejas que en realidad no existen, así que no termina de ver una dónde narices está el mérito—. O sea, que si uno se toma al pie de la letra esas descripciones, resulta que vivimos en un mundo de chicos buenos que nunca rompieron un plato, ni lo van a romper, y que a partir de las cinco de la tarde piden descafeinados no vaya a ser que se les altere el sueño. Vidas al límite, llenas de diversión.

Pues eso, volviendo a lo importante, una de las cosas más inexplicables del mundo de las relaciones a través de la red es por qué algo que nace tan libre y puro, que debería servir para solucionar la infelicidad que provoca estar solo, se vive de modo clandestino. Aunque tampoco me extraña mucho teniendo en cuenta que nadie reconoce que sale los sábados a ver si cae un

ligue, todos salen a ver a los amigos y a bailar. Ya, y yo me lo creo. Abrí hace unas semanas una cuenta en uno de esos buscadores de parejas. Me había llegado una oferta a través del correo electrónico en la que te dicen que puedes probar un trimestre de modo gratuito. Está claro que todas las empresas han aprendido las mismas técnicas de promoción en los másters universitarios. Es como si los que dieran los cursos de marketing hoy en día fueran camellos, de hecho quizá lo son, porque se supone que en España está todo el mundo enganchado a la cocaína: primero regalan la mercancía y, cuando estás enganchado, a pagar por lo que hasta hace unos días te salía gratis. Da lo mismo de qué tipo de negocio se trate, todos ponen en práctica las mejores técnicas del buen *dealer*. Por supuesto, no le dije a nadie que tenía una cuenta de éstas. Lo primero porque una no anda confesando por ahí sus bajas pasiones, otra de las cosas en las que todo esto se parece al mundo de las drogas, por cierto. Para que la llamen a una desesperada, y la señalen los compañeros de trabajo y las amigas, te vas a las rebajas y te peleas con quien haga falta por un sujetador «cruzado mágico» a cinco euros. Ese sí que es un motivo más que bueno para abrirle la cabeza a alguien a golpes de percha. Aunque lo mejor de todo esto de las agencias de contactos no reside ya en que no lo digas, sino en que lo ocultas a todo el mundo del modo más efectivo posible. Es más, y si te pillan lo vas a negar como san Pedro, tres o cuarenta veces si es necesario, así que... Convendremos en que no es lo mismo callar las cosas —yo no voy por

ahí diciendo cómo son mis heces salvo a mi médico y sólo cuando me lo pregunta y me explica por qué quiere saberlo— que ocultarlas —que es cuando el mismo médico te pregunta por tus deposiciones y tú le contestas hablándole de las de tu caniche, piensas: «total al perro le va a dar igual porque está acostumbrado a que las vea todo el mundo en mitad de la calle».

Por eso, porque de lo que se trata es de que nadie se entere, borras el historial del navegador después de haber estado echando un vistazo para comprobar si alguno de esos maravillosos donjuanes que se ofrecen en los portales de contactos —la verdad es que si son tan guapos no entiende una qué pintan en estos lugares para personas con problemas para relacionarse—, esos que te gusta imaginar metiditos ya en tu cama, ha estado mirando tu fotografía y tus datos en el portal de contactos. Pero, por mucho que hayas estado babeando mientras idolatrabas sus perfiles y que todo el mundo en la oficina sepa que desde luego no has estado comprobando si los distribuidores de la zona este o los proveedores de la franja norte cumplen con los pedidos, aun así, no te olvidas nunca de borrar todo rastro en la memoria que delate lo que has estado haciendo. No vaya a ser que te descubra el típico compañero gracioso con el que nadie sale a tomar café porque un día su ordenador no funciona y tiene que usar el tuyo. Por eso, aunque seas una persona con una memoria de mosquito, de las que siempre se dan cuenta cuando llegan a la caja del supermercado de que se han dejado el monedero en casa, a pesar de ser así de despis-

tada, no se ocurre ni en broma guardar las contraseñas de entrada a esas páginas cuando te lo ofrece el ordenador. Por ese motivo, aunque tienes todos los recibos de la casa amontonados en un cajón junto a las facturas, sin separarlos ni siquiera por años fiscales —un desorden que te propones resolver de año en año y porque se ha estropeado un aparato y hay que comprobar si sigue en garantía, por cierto, siempre que se rompen la garantía ya ha caducado—, aunque siempre has sido incapaz de ser medianamente ordenada, te las apañas para que los correos vayan dirigidos a una cuenta que abres especialmente para lo del flirteo *online*. Jamás hay que jugársela por una idiotez de éstas y arriesgarse a que te pongan de patitas en la calle porque usas la cuenta del correo del trabajo para un mensaje de éstos. O sea, que si dependiera de una, nadie, salvo aquellos con los que se tontee por Internet, sabría que tiene esa ficha de seductora a distancia. Y te conviertes en una de esas agentes taimadas y llenas de dobleces que trabajan para el KGB, una de las que salen en las películas de James Bond, aunque sea tan sólo a ver si un día de éstos aparece alguno de los actores que lo han interpretado a arreglarle a una la vista. Hasta Roger Moore, en un momento dado, puede servir, así de desesperada puede una estar una tarde de domingo cualquiera. Y, qué narices, que también tiene sus alicientes lo de sentirse un poco Mata Hari de vez en cuando.

Pero la gente se termina enterando de todo. Es ley de vida, la mejor manera de mantener un secreto es que éste no exista, lo demás ya es comenzar a jugar con fuego.

Luego lo piensas, pero el mejor modo de que nadie te haga el menor caso debe ser decirlo a las claras, como esas mujeres que salen en la televisión avisando de que sus maltratadores van a terminar con ellas. Es como si, por el mero hecho de decirlo, ya nadie las hiciera caso. Es más fácil que los otros sepan que tienes un condiloma —por cierto, alguien debería explicarnos de una vez por todas a los que no sabemos de medicina el porqué si un niño puede contagiarse sin haberse ido a la cama con nadie, porque los niños también cogen y tocan cosas raras en las guarderías y en los parques, cuando es un adulto el contagiado, automáticamente todos le miran como si hubiera estado pasándose por la piedra a toda la oficina—, y luego nadie se da cuenta de si tienes una verruga en el codo o de si te falta un dedo en la mano con que les entregas los papeles que te piden. Basta con que esté a la vista de todos para que nadie lo note. Pero gusta más el secreto, sobre todo si hay jodienda, a qué mentirnos. El chismorreo es lo que tiene: tan sólo interesa si hay sexo o dinero de por medio, y si son las dos cosas juntas, como cuando un político es pillado de putas, mejor. Nos encanta que la gente tenga vicios, defectos, para poder hablar de ellos. La verdad es que si hay alguien aburrido es un ser virtuoso que no haya roto nunca un plato.

Lo más gracioso de todo esto es que la primera persona que se enteró de que tenía la cuenta en el portal de contactos fue una compañera del trabajo. Se me acercó en la zona de las máquinas de café y chucherías. Yo había ido a por un descafeinado, y ella, a por una cerveza. Sí, no

es mentira, yo también estaba convencida de que habían quitado las cervezas de los expendedores de las oficinas, pero ella me dijo que los vigilantes nocturnos habían convencido a los reponedores de que en vez de cargarlas con Nestea lo hicieran con cervezas. «Total, nadie se va a beber una de esas mariconadas pudiendo tomarse una cerveza, ¿no?», fue el argumento que esgrimieron. Así que en mi oficina, si quieres una cerveza puedes conseguirla pulsando el botón de los refrescos de té con limón. Parece ser que a medida que se ha ido corriendo la voz por las distintas plantas, cada vez más gente se ha pasado al té con limón, es tanta la demanda que van a cargar de cervezas el botón de las isotónicas. En fin, como ya he explicado antes, no hay nada como saber chismorreos para contarlos, sirva como botón de muestra lo de las cervezas. Quien esté libre de pecado que tire la primera piedra. En fin, volvamos a lo de mi compañera de trabajo, que me dijo que nunca se hubiera imaginado que yo entendiera. Con la ingenuidad de la que ha estado con el mismo hombre durante quince años —y se ha sumergido en un mundo de ficción y escapismo, un universo donde una se ha llegado a creer lo de que los cigarros miden casi veinte centímetros, por ejemplo—, no entendí a qué se refería. Pero ella me sacó pronto de mi estado de candorosa ignorancia: me había visto en la dichosa página de contactos y le había sorprendido mucho que yo fuese lesbiana.

—Yo... ¿lesbiana?

Me imaginé a mi madre ahí, delante de mí, pidiendo una explicación de todo esto. Porque una madre, pa-

sado el sofocón inicial, acepta cualquier cosa que venga de sus hijos. Pero siempre pedirá explicaciones. Una cosa es aceptarles, porque son los hijos de una y no queda otra salida, y otra muy distinta es comprenderles. Una madre no tiene por qué comprender a un hijo, pero claro, todo el mundo se piensa que, como lo has tenido dentro, como lo has amamantado, ya te puedes comunicar con él de un modo especial. El caso es que yo no me enteraba de qué iba todo el asunto.

—Sí, claro, hija, tú me dirás: en el Meetic estás en «mujer busca mujeres». Te he visto hace un rato cuando comprobaba si me había llegado algún mensaje.

Salí corriendo de vuelta a mi despacho sin darle mi número de teléfono, que con casi total seguridad era lo siguiente que me iba a pedir. Total, ella ya sabía dónde encontrarme en el mundo real y en el virtual. Quizá debería ir abriendo la mente tal y como está el asunto, todo es cuestión de probar. Tampoco te gusta la cerveza la primera vez que la pruebas y luego estás todo el día dándole al botón del té... Entré enseguida en el portal de contactos y comprobé que sí, que en algún momento, con eso de no leer atentamente lo que seleccionaba al ir rellenando el perfil, me había descrito como mujer que busca a mujeres. Esto pasa por hacer las cosas sin atención, lo más rápidamente que me fue posible, no era cuestión de que te pille alguien con las manos en la masa. En fin, me había definido como una lesbiana. A lo mejor el subconsciente me estaba mandando un mensaje. Por un lado era un jarro de agua fría comprobar que no tenía la cabeza en mi sitio ni

para rellenar un cuestionario. Pero al mismo tiempo fue un alivio porque eso explicaba lo de que me hubieran llegado tan sólo cuatro correos. Y que siempre me los remitieran chicas, la mayoría con un aire muy varonil, por cierto, que era una cosa que me tenía bastante extrañada. Ya estaba empezando a hacerme a la idea de que el mundo se había vuelto más loco de lo que suponía tras todos estos años fuera del circuito por mi matrimonio. Corregí la situación y esperé a recibir los correos de esos hombretones tan maravillosos que aparecían en la página web.

Les conté la anécdota entre risas a las chicas al día siguiente porque habíamos quedado para tomarnos un café y despotricar un poco de nuestros hombres —sí, para qué mentirnos, cuando hablo de Diego le veo todavía como «mi» hombre, sobre todo porque a la hora de rescatar algún recuerdo aparece cada dos por tres en ellos, porque se conoce que marca esto de haber estado casada con él un porrón de años. Si el roce hace el cariño, lo normal es que a quien le tenga cariño sea a él, que es con quien me he estado rozando todos estos años, tampoco vamos a escandalizarnos ahora de que sea así. Bueno, a ellas, a mis amigas, sí que les seguía escandalizando que me refiriera a Diego como mi hombre.

—Tienes que cambiar el modo de referirte a él. Si no lo haces, te vas a quedar anclada en el pasado.

Eso me lo decía Paloma, que, como toda hermana, tiene un psicólogo experto en traumas de la infancia provocados por ella misma esperando dentro de ella para saltarte a la yugular a poca cancha que le des.

Para mi sorpresa lo del portal de contactos no les escandalizó nada. Vamos, ni les pilló de nuevas. Por lo visto, tanto una como otra han practicado ya eso de la seducción en el mundo virtual. Lo que me hizo pensar en la cantidad de cosas que me he perdido por estar quince años con Diego, y, lo que me parecía mucho más sugerente, todo lo que tengo que vivir para ponerme al día.

—Como en la película *Matrimonio de conveniencia*. Qué bonito —dijo la ingenua de Elena.

Bueno, no sé por qué la llamo ingenua si yo soy la primera que veo la película cada vez que la pasan por la tele. Total, por soñar no pierde una nada, y Depardieu está monísimo en esa película, dan ganas de salir a las calles a buscar extranjeros necesitados de papeles para casarse con ellos. La lástima es que los que una se encuentra no son ni músicos, ni tienen esa melena tan bohemia, ni hablan francés. En fin, qué poco se parece la realidad a las películas.

Por lo visto esto de los matrimonios por interés es algo muy común en ciertas culturas. Y cada vez más en nuestro país, el otro día vi una noticia donde hablaban de todos los españoles y españolas que se casan últimamente con subsaharianos y árabes, que son los emigrantes con más problemas para sacarse el permiso de residencia. Se conoce que por esos mundos de Dios suceden muchas cosas que nosotros ni sospechamos. Todo método es bueno para lograr los objetivos deseados, y se ve que en estos países tienen más claro que el objetivo es la super-

vivencia. Y, una vez está eso solucionado, ya toca pensar en el amor. Que está muy bien, pero cuando uno ya tiene ciertas necesidades cubiertas.

Elena, por lo visto, también tenía una ficha de usuario en uno de estos portales. Todas sus amigas tenían una, independientemente de que estuvieran o no con un chico. Parecía un anuncio de American Express: no salga sin ella.

—Ellos salen por ahí de bares y nosotras nos abrimos perfiles en el Meetic. Cada uno exprime sus posibilidades.

Al final van a tener razón los psicólogos que dicen que los hombres y las mujeres son iguales en sus deseos pero que cada uno elige un modo distinto de conseguir lo que desea. La verdad es que me pareció lógico que nosotras también busquemos nuestros apaños. A fin de cuentas, nosotras tan sólo subimos unas fotografías en Internet, no vamos por ahí intentando tocar culos a diestro y siniestro en los bares. Eso más o menos me dije porque todavía prefiero pensar que lo de ellos es peor, es lo que tiene la mirada subjetiva, que siempre nos comprendemos mejor a nosotros mismos que al otro. Pero, comentando estas cosas, llegamos al verdadero centro de todo este asunto, y es que tan sólo hay dos tipos de usuarios en estos portales de contactos, al menos por lo que tengo visto y por lo que me han ido comentando: los ingenuos que se sumergen en estos portales a la búsqueda de una relación sentimental y los pragmáticos que saben que, como mucho, van a encontrar sexo.

Al menos creo que lo he asumido con cierta rapidez, me refiero a lo de los dos tipos de usuarios, y creo que elegiré ser práctica. Ya sé que suena un poco raro eso de que alguien «haya decidido» ser práctico. Lo lógico es descubrir que uno lo es o no, y punto. Tan sólo asumirlo y no decidirlo. Pero las cosas no funcionan así, al menos no en mi caso. Así que he decidido ser práctica. Por razones estrictamente matemáticas y compensatorias: si durante quince años he tenido una relación sentimental, lo mejor es optar ahora por otros quince años de relaciones sexuales. Antes de que las carnes se caigan, como diría mi madre.

Desde que corregí mi perfil en la agencia para que quedase claro a todo el que echase un vistazo que me interesan los hombres he tenido varias relaciones virtuales. Casi todas han quedado en eso, en virtuales, pese a que se supone que lo ideal es que dejen de ser virtuales y pasen al plano de lo real. El plano en el que una tiene que bajar a la panadería de la esquina a comprar la *baguette* y termina volviendo a casa con la barra de pan y una bandeja de pasteles, por ejemplo. Pero el camino sí que ha sido muy real, lleno de detalles que revelan que el sexo virtual deja de serlo apenas entras en contacto con él. No es una de esas cosas etéreas que se imagina una con lo del mundo cibernético, para nada. Lo primero que aprendí era que la selección debía hacerla en función de las fotografías.

—Alba, hija, esto es como en los bares, te pones a echarle miraditas a los que están buenos, no te vas a poner a fijarte en detalles como qué zapatos usan o si tienen

buena conversación si ni tan siquiera te has acercado a ellos —me dijo Elena.

Y le hice caso, claro. Por un lado porque el razonamiento estaba lleno de lógica, por el otro porque, para mi sorpresa, estos sitios están tan bien montados que imitan el funcionamiento del clásico ligoteo de bar al que ella se había referido. Por ejemplo, el primer contacto es un guiño. Sirve para que el otro sepa que estás interesado en él. Sí, como en las películas de Alfredo Landa, todo el día de guiño en guiño porque las suecas no te entienden. Echas un vistazo para ver quién es el que se ha puesto en contacto contigo con el guiño —es muy divertido eso de recibir un correo electrónico con el asunto: Guiño— y si quieres devuelves el tan traído guiño, o le escribes un mensaje para tomar tú la iniciativa y evitar que con tanto guiño parezca el asunto un congreso de aquejados de tics faciales.

—Tú manda un guiño a todos los que te hagan tilín por la fotografía y a ver quién responde —me dijo Elena con un aire de conocimiento del medio que no dejaba de sorprenderme.

—Qué dices. Para nada. Cuelga unas cuantas fotografías en las que estés de mojar pan y que te escriban ellos. Andar por ahí tanteando todo, como si una fuera de saldos, a la espera de que el cliente conteste... Ni de coña.

—Claro, hija, eso lo dices tú porque tú llamas la atención nada más verte. Pero las que no somos tan espectaculares... —protestó Elena.

Me apunté en la cabeza como tarea pendiente que, cuando hubiera arreglado todo esto y tuviera el agujero tapado —pero bien tapado, no a las primeras de cambio—, debía hablar con Elena una vez más sobre sus problemas de autoestima. Con comentarios como éstos no es de extrañar que haya terminado con Gabi, que es buen chico pero... En fin, que habrá que darle vueltas un poco más a lo suyo. Las amigas estamos para eso. Y como estamos para eso ella, de momento, estaba solucionando lo mío porque siempre es más fácil dar consejos que aplicárselos a una misma.

—A ver, Alba. Puedes hacer caso a Elena y terminar con un tipo que te llena los sábados la casa de adolescentes camino de los cuarenta que se creen elfos y enanos o me haces caso a mí y así conseguirás tener un asunto con un hombre de verdad. Tú decides.

Me encantaría decir que tomé la decisión enseguida, pero la verdad es que no fue así. Ni remotamente. Lo estuve pensando casi todo el rato que estuvimos en la cafetería. De todos modos, como Paloma es una mujer asertiva —la verdad es que debía pedir la hoja de reclamaciones a mis padres porque no terminaba yo de comprender cómo es que si mi hermana es tan decidida yo me ahogo en un vaso de agua—, me fue dando una serie de directrices para cuando volviese a casa. Ella, tan segura como siempre —qué envidia, la verdad—, ya sabía que terminaría por hacerle caso a ella. Tengo que confesarlo, si yo fuese un hombre me iría a la cama o me casaría antes con Paloma que con Elena. Pero, claro, como no soy un hombre no

entiendo por qué una está soltera y la otra casada. Pero éstas son cosas que una no comparte ni con las amigas. Así que fue otra cosa que preferí ocultar, y que tampoco creo que me ponga a compartir si me descubriesen.

—Lo mejor es que te abras otro perfil pero en vez de poner en él tus datos lo rellenas de lo que estás buscando. Eso que quieres lograr: Un hombretón bien plantao, un pedazo de macho. Las fotografías las buscas en la red, está todo lleno de fotografías de chulazos que te vienen al pelo. Elige uno que te guste a ti. Acertarás seguro, al final a todas nos gusta más o menos lo mismo, otra cosa es que no lo andemos diciendo por ahí. Te inventas una personalidad, la del hombre que te gustaría conocer, y así cubres los dos frentes. Puedes ver cómo se venden las otras y el tipo de mujer que se acerca a ese hombre que inventaste. Así «optimizas recursos».

—Parece que hubieras estado toda la vida haciendo esto, hija —le comentó Elena.

Y a mí me pareció lo mismo, la verdad, era como si hubiese hecho un máster de seducción a distancia. Esta Paloma es siempre sorprendente.

—Esta vida hay que saber ganársela, Elenita. Alba, tienes que hacerte unas fotos, unas de pago que te tire un fotógrafo de verdad, en las que estés espectacular y las cuelgas en la web. No pierdas tiempo rellinando datos de personalidad que no le importan a nadie.

—Hombre, creo que debería decir qué está buscando y qué cosas le gustan, para que no se le acerquen tíos que luego no se parezcan en nada a lo que busca.

—¿Aún no te enteraste de nada, verdad Elenita? ¿Tu sueño era un tipo que siempre viste camisetas arrugadas y que no es capaz de mantener un trabajo más de un mes seguido?

—Oye, que mi Gabi cuando se le conoce es una perla.

—Pero es que no tenemos tiempo de conocer a nadie, Elenita. Esto es amor en la red, no hay tiempo, es urgente, es rápido. Fíjate en los anuncios de las compañías telefónicas. Lo que te venden es velocidad, porque el mundo de Internet es veloz. No se va al detalle. ¿Se ha dado cuenta Gabi de que pusiste ya las cortinas nuevas de las que nos hablaste el otro día?

—No, la verdad es que no ha comentado nada. Ni tampoco de las persianas, ni mucho menos del edredón.

—Porque selecciona la información, Elenita. Tienes que aprender de él. En el fondo él tiene una actitud más inteligente, más acorde con el mundo en que vivimos. Y eso es porque es como todos los hombres. Se fija en las piernas y punto. Como todos. Ellos inventaron esto de Internet y ellos han impuesto sus normas en él, como en todo, así que lo mejor es trabajar dentro de sus reglamentos, porque todo lo ven como un deporte, y ganarlos.

Joder, qué capacidad de ir al grano. Es lo que me encanta de mi hermana, le va a ir bien en la vida, seguro.

—Mañana mismo te haces unas fotos en las que estés para reventarlo todo, Alba.

Les dije que lo pensaría, que tenía tiempo porque no era algo urgente. No porque creyera que no es algo

urgente, que lo era, sino por ganar tiempo y pensar en todo lo que me habían dicho. Pero al día siguiente Paloma me llamó para darme el teléfono y la dirección de un amigo fotógrafo que, según me dijo, me haría buen precio si le decía que iba a de su parte.

¿Alguna vez pensé que me sentiría como una supermodelo? La verdad es que no, pero ir al estudio del fotógrafo, comenzar a posar e ir descubriendo que una puede sentirse atractiva fue todo uno. Y fue maravilloso. Toda mujer debería hacerse pasar por modelo alguna vez, aunque fuera tan sólo por sentirse atractiva. A todas las que tengan problemas de autoestima les diría que se dejasen de terapias de meses y meses trabajando los puntos débiles y fuertes de la personalidad y que lo resuelvan en una tarde acudiendo al estudio de un fotógrafo. Un hombre diciéndote qué gestos te favorecen, un puñado de focos abrasándote como si fueses una estrella de cine, cambiarte de ropa varias veces. Mano de santo. Lo mejor, de todos modos, era el conocimiento del medio del fotógrafo que me recomendó Paloma. Apenas llegué me preguntó si las fotos eran un regalo de aniversario para mi marido o para una página de contactos.

—¿Cuál es la diferencia? —le pregunté intrigada.

—Bueno, si son para su marido le haremos unas fotografías en las que se vea bella y elegante. Tal y como le gusta a su marido que usted sea.

—¿Y si son para la página de contactos?

—Entonces intentaremos que lo que quieran hacer con usted sea poco elegante, tal y como le gustaría a su

marido que fuese aunque no lo reconozca. Divertido y con poco protocolo, vamos.

Por primera vez en mucho tiempo me encontré verdaderamente deseable. Como un pastel, como una caja de bombones, como toda una pastelería, qué leches. Sin lugar a dudas, Paloma estaba en lo cierto: ser una tentación era el objetivo. ¿Quién nos iba a decir, después de tanta charla feminista, que la liberación del yugo del ideal de belleza pasa por convertirse en un objeto? La mejor manera de satisfacer mi yo deseante era convertirse en otra deseable, es lo que hay. Y luego puede una estar dándose toda la vida contra una pared esperando que los hombres cambien. Aunque lo mejor para ganar es jugar en su terreno, y con sus armas.

Al día siguiente en la oficina no perdí tiempo en trabajar o poner al día la agenda. Lo primero era colgar las fotografías en la página de contactos. Y, como ya habrán adivinado, seguí el consejo de mi hermana y me abrí un perfil nuevo como «hombre busca mujer» —no era cuestión de cagarla dos veces en lo mismo— para analizar la competencia existente. Era increíble lo diferentes que éramos cada una de las mujeres que habíamos colgado nuestros datos allí, y, al mismo tiempo, lo parecidas que resultábamos a poco que una se fijase. A todas nos gustaba leer —luego dicen que lee muy poca gente, así que se conoce que todos los lectores de este país son mujeres solteras que buscan pareja—; ninguna buscaba nada sino que esperaba encontrar algo —es evidente que no es lo mismo, como ya explicó Platón en su diálogo,

ahora que no entiendo por qué si no buscas te metes en una página de contactos, pero supongo que ésa es ya otra historia—; y todas preferíamos ir despacio y vivir la experiencia con toda su intensidad —y sí, tampoco sé muy bien cómo se puede compatibilizar lo de la intensidad con la velocidad.

No lo dudé y modifiqué al instante todo mi perfil. Hice caso de las recomendaciones inteligentes y prescindí de todas las cosas que parecen importarnos a nosotras pero que ellos se conoce que son incapaces de ver. A quién le importa los libros que lees si no los va a leer contigo, por ejemplo. Porque los libros los lee uno solo, y el objetivo aquí es no estar solo. Y lo de hablar de ellos... La verdad es que si no hablaba en la facultad de los libros que me mandaban leer, pues no voy a hacer una tertulia en casa de lo que he leído en el metro camino del trabajo. A ser coherente: todo fuera. Tan sólo las fotografías en las que parecía una diva del sexo y dos textos en los que me definía como alguien que sabe que no encontrará al hombre de su vida en una página de contactos, por eso lo que quiere son experiencias, muchas y variadas experiencias. Y el que sepa leer entre líneas, y no es necesario haber leído a Hegel para entenderlo, se llevará el gato al agua.

La red estaba echada. De ahí mi sorpresa mayúscula al ver que no me escribía nadie. No me escribía nadie a mí, o sea, a mi yo real —más o menos embellecido por las manos del fotógrafo y acanallado por las modificaciones que había hecho en el perfil—. En cambio al hombre-

tón que me había inventado para recabar información le escribían todas las mujeres de la página web, y algunas que parecía que se hubieran apuntado después de haber escuchado a alguna amiga. ¿Qué había hecho mal?

Le comenté a Elena que le echase un vistazo a «mi chico». Me dijo que era maravilloso, que de no ser porque ella sabía que no existía no habría dudado en mandar un mensaje para entrar en contacto con él. Bueno, de hecho, me dijo que, incluso sabiendo que no existía, casi manda uno. Paloma fue mucho más clara y explícita, porque tal y como esperaba ella dio en el clavo:

—Pero ¡cómo no vas a tener éxito si lo que describes es el hombre perfecto! Lo terrible de todo esto es saber que todas andamos enganchadas a lo mismo: una ficción.

O sea, que lo primero que he aprendido de esto de los portales para ligar es que todas queremos más o menos lo mismo: un hombre guapo al que le interesen cosas como viajar, una buena conversación con una mujer y pasar tiempo en casa para conocerse el uno al otro. Paloma, como ha hecho siempre, lo dijo más claro.

—Una ficción o un imposible. Una quimera: buscamos a una mujer con el cuerpo de un modelo.

Decidí no darle más vueltas al éxito de mi yo masculino. Para averiguar el porqué mi yo real no había tenido contestación alguna habría que dejar pasar un poco más de tiempo. Unos días apenas, porque llegó un correo de un tipo que me proponía quedar a tomar unas copas en un bar céntrico.

Corrí a decírselo a las chicas. Por teléfono, claro, porque no pude esperar ni a salir del trabajo. La noticia merecía la pena.

—Huy, qué miedo. Qué tipo más directo, ¿no? —me sorprendió Elena.

—Pero... ¡cómo que es un tipo directo! Se supone que una se da de alta en estas páginas para tener contactos, si luego andas con remilgos...

—Ya, pero así, de primeras, sin conoceros, quedar ya en un bar, como si fuerais novios... A mí me daría un poco de miedo.

—Oye, Elena, ¿tú alguna vez has quedado con alguien a través de la página de contactos?

—No, no, para nada. Qué corte. Imagina, quedar con alguien a quien no conoces de nada, que a lo mejor es un desesperado que se ha dado de alta en una página de contactos porque está desesperado. Y teniendo tan claro que a lo que se va es a eso...

Pensé que estaba loca, por supuesto, pero preferí no decírselo. Tampoco es cuestión de traumatizar a «la monja» haciéndole saber lo que pensamos de ella. Desde luego, con cosas así se explica muy bien que haya terminado con Gabi, que por ser es todavía más niño que Diego, y ya es decir...

Paloma no lo dudó.

—Dile que sí. Que mañana mismo. Y no te digo hoy porque tenemos que ir a comprarte algo provocador para la cita. No puedes acudir con los harapos que acostumbra.

—Hombre, tampoco creo que...

—Pero cómo... Si en la fotografía vendes carne luego tienes que servir carne en el plato. ¿Qué quieres, que se eche atrás nada más verte?

—Oye, rica, que yo, sin vestirme como una puta, puedo resultar atractiva para cualquiera.

—Sí, claro, por eso tuviste que recurrir a una agencia para desesperados.

—Pero... Tú misma me dijiste cómo usarla. Se supone que te parecía bien.

—Para ti, que acabas de mandar a la mierda una relación de quince años y estás muy fuera del circuito, con falta de práctica en estos asuntos... Esas cosas son para gente que no ha solucionado sus conflictos emocionales, dicen que buscan pareja cuando en realidad quieren sexo... Yo, cuando quiero sexo, no me meto en Internet. Busco un hombre y punto.

Si tuviese algo más de amor propio la tendría que haber mandado a la mierda. Pero de todas las mujeres que me rodean es la que más se parece a una modelo —sin necesidad de pagar a un fotógrafo, ojo— y necesitaba su consejo para elegir un vestido que me sentase como un guante. Un guante atractivo, no uno de los de limpiar la casa. Sabe hundir a cualquiera con esa sinceridad de la que tanto presume, pero precisamente por eso es la persona idónea para acompañarte de tiendas.

Si hay algo que una mujer necesita es una buena compañera de compras. No es necesario que sea amiga o una hermana, aunque ayuda, porque de ese modo con la

amistad como excusa la tienes a tu lado de escaparate en escaparate. Ni que ella sepa vestir bien, a fin de cuentas basta con ver en las noticias cómo visten los modistas para comprender que alguien que sabe vestir bien a la gente puede tener un gusto horroroso para vestirse a sí mismo —de hecho, posiblemente los que peor visten son los modistas, pero, bueno—. Ni ningún otro de los méritos que suelen venir a la cabeza cuando una piensa en estos asuntos. Basta con que sea hábil y sincera, con eso puede darse por satisfecha toda mujer. Una compañera de compras hábil sabe encontrar tu talla en el imposible universo de las tiendas actuales, donde ni las dependientes se aclaran muy bien para saber cómo están colocadas las prendas en los expositores. Puede discriminar lo que te sienta bien de lo que está hecho para tu madre, esa siempre sutil diferencia entre elegante y carca. Y debe ser capaz de decirte a la cara sin miedo que algo te sienta mal, por mucho que te guste y por muy a la última que puedas pensar que está la prenda. Encontrar eso no tiene precio. Los hombres no se darán cuenta nunca de eso, porque les da igual la ropa que deben vestir. Se la ponen si está limpia, y a veces no les preocupa ni eso, porque es más normal ver a un hombre con lamparones que a una mujer. Por eso nosotras les compramos la ropa a los hombres, porque el único objetivo que puede justificar que un hombre vaya contigo a una tienda de ropa es que quiere acostarse contigo. O que siente que es uno de los deberes que, por haberse acostado contigo, ha contraído. Los que siguen este razonamiento suelen abandonarlo después de

un tiempo de relaciones, claro. De hecho nosotras les compramos la ropa porque es a nosotras a las que nos importa el aspecto que tengan, a ellos, una vez se han emparejado, les da todo igual. A ninguno le gusta ir de compras. Al principio sí, porque han visto muchas películas porno y se piensan que algún día van a tener suerte y te va a dar un calentón en el probador de unos grandes almacenes. Piensan, los ingenuos, que les vas a echar allí el polvo de su vida. Por eso, aunque realmente son incapaces de decirte si algo te queda bien o mal, abren la cortina del probador a ver si te cogen casi en pelotas y, ya que estás desnuda, les dices que pasen dentro y cumplan con su función de varones, que no es la de decirte si algo te favorece o no, sino aprovechar que tienes poca ropa para acoplarse como un perro. Pero en cuanto les queda claro que no hay posibilidad alguna de que eso suceda... Al final, el único hombre con el que te vas a encontrar a gusto en un probador es el amigo marica que piensa que lo importante es la ropa, y no el cuerpo que tapa.

Así que hay que aprovecharse y cuidar a alguien como Paloma. Si en el camino te llama fea, cuestiona tu capacidad de seducción o va minando tu autoestima, y otros detalles por el estilo, lo que hay que hacer es escucharla. Seguramente lleva razón. A nadie le gusta escuchar a alguien sincero, alguien que nos diga lo que no queremos o tememos escuchar, pero el mundo se divide en dos: los que aprovechan esa información para cambiar y los que la ignoran pensando que el otro es un idiota y tiene un gusto pésimo. He decidido ser de los que piensan que

toda información es buena para mejorar porque creo que así me puede ir mejor la vida. Es otra de las decisiones que he tomado para que mi vida de soltera sea más satisfactoria de lo que fue la de casada. Además, uno de los datos que me dan la razón es que, por lo visto, ya hay gente cuyo trabajo es estrictamente ése: comprar la ropa a los que les contraten, aconsejarlos e, incluso, comprarles la ropa sin que los clientes acudan con ellos a las boutiques. Estando así las cosas está claro que no debe de ser tan fácil dar con alguien que sirva, porque entonces nadie ganaría un duro con ello.

Seguí sus consejos y compré el vestido que me indicó, me arreglé tal y como me enseñó la noche anterior siguiendo hasta el más minucioso de sus consejos, y memoricé las indicaciones que me dio como si fuera una niña que tiene la primera cita de su vida. Estaba impresionante, eso sí, hasta pensé en hacerme una fotografía para la lesbiana de la oficina. Hay que tener detalles con los compañeros del trabajo, lo dicen en todos los cursos de motivación y dinámica de grupo. Lo que se vayan a comer los gusanos que lo vean los cristianos, qué leches. Hasta mi hija me preguntó si en breve iba a conocer a su nuevo padre.

—Ya tienes un padre, Sofía.

—Tengo una paga y estoy pensando en tener dos, como todas mis compañeras de clase hijas de padres divorciados. Según me han dicho, es una de las ventajas que tiene.

—Con un poco de suerte en breve tienes a un hermanito con el que presumir en el parque —la asusté.

—Bueno, con nueve meses de por medio me dará tiempo de hacerme a la idea —me desarmó.

Y a eso de las nueve y media estaba lista para coger un taxi hasta el bar donde me había citado. Antes de salir, no podía ser todo perfecto, me encontré con Diego.

—Oiga, señora, haga el favor de no provocarme que en esta casa vive mi ex mujer y es muy celosa.

—A su ex no creo que le importe lo que yo haga, de hecho creo que no le importa ya ni lo que usted haga.

—Bueno. Entonces, ¿voy haciendo las maletas porque va a venir otro hombre a casa?

—Pues puede ser que mañana desayunéis juntos. En ese momento lo habláis como dos hombres que marcan el territorio.

—Hombre, entonces todo va sobre ruedas. Por fin podré hablar de fútbol en el desayuno y quedarme a gusto sin tener que esperar hasta la tarde en el bar. Muchas gracias, Alba, es todo un detalle. Para que luego digan que dos separados no pueden tener detalles el uno con el otro.

—Creo que no le gusta el fútbol.

Abrí la puerta antes de que me siguiese entreteniendo, que es una táctica tan artera como cualquier otra.

—Entonces no será un hombre —escuché que le decía a Sofía con la intención de que yo le oyese.

Lo de las citas a ciegas es una de esas experiencias por las que todos hemos pasado lo sepamos o no. Por ejemplo, cuando tenemos una entrevista de trabajo. No nos gusta verlo de esa manera, pero vamos a seducir

a alguien a quien no hemos visto, de quien no sabemos nada y al que le hemos mandado un resumen de nuestra vida pormenorizado. Si eso no es una cita a ciegas... que venga Dios y lo vea. Así que estuve pensando en eso todo el camino en el taxi que me llevaba al bar de la cita. Y me consolaba saber que, de todas las entrevistas de trabajo que había hecho en mi vida, pese a mis nervios y mis dudas, había salido con un empleo. ¿Por qué no había de ser así esta vez? De hecho era algo muy parecido, si hay que ser sincera confesaré que cuando me inscribí en el portal de contactos lo que estaba buscando era un trabajito. Con un poco de suerte mantendría mi media: una cita a ciegas igual a un trabajito.

Cuando llegué al bar busqué como una desesperada a alguien que se pareciese a la fotografía de mi ligue. En la página de contactos estaba, desde luego, estupendo. Pero, honradamente, pensé que era muy posible que en la fotografía saliera favorecido, bien gracias a un ángulo único, un escorzo que destacase la mandíbula o cualquier otro de esos detalles que se aprenden en una sesión de fotos dirigida por un buen profesional. Se trataría de lo mismo, más o menos, que hizo el fotógrafo conmigo. Pero me daba igual, con que se pareciese tan sólo lo mínimo al maromo de la fotografía, ya estaba mejor que bien. Los filetes que te sirven nunca tienen el aspecto de la fotografía de la carta, pero alimentan del mismo modo.

Como era de esperar, no estaba por allí, como supondría cualquiera con dos dedos de frente. Mi gozo en un pozo, como suele decirse. Pero decidí no rendirme

y esperar un rato porque el vestido, el tiempo empleado y la ilusión no podían desperdiciarse así como así. Bueno, por eso y porque si Diego seguía en casa iba a servirle en bandeja las bromas por volver tan pronto. Total, lo peor que podía pasar es que volviese un poco bebida y me tocara dormirla como hace él tantas veces. De hecho tengo la teoría de que sólo hay dos modos de terminar una salida de bares: o en la cama o borracha. Así que, a falta de compañía, procedía comenzar con la borrachera. Una vez leí que emborracharse es cuestión de método, como todo en la vida, claro, y me propuse elaborar el mío propio. Pedí una copa, un cóctel de esos que la hacen a una más interesante. En las películas las mujeres no toman ni vino —que va dejando negros los labios y te estropea el carmín—, ni cerveza —que va dejando una línea de espuma en el labio superior o en las comisuras, lo que también echa a perder el maquillaje—. En las películas toman cócteles transparentes en sofisticadas copas adornadas con olivas o sombrillas de papel. Y yo no había estado acicalándome durante tanto tiempo, ni había comprado un vestido del diez, para parecer una mujer abandonada en una cita a ciegas que se da al vinazo. Había que dejar traslucir un poco de clase, aunque fuera a la hora de escoger el alcohol con el que emborracharse, tal y como me había indicado Paloma. Por eso elegí un cóctel. En ese momento pensé que era lo más parecido a lo que habría hecho Lauren Bacall de estar en mi pellejo.

Mentiría si dijese que mientras permanecí en la barra no tuve éxito. Se me acercaron dos babosos que me

preguntaron por cuánto salían mis servicios. Vi que otro, que era más tímido o más educado, no me quitaba los ojos de los labios y el escote en toda la noche. Y el camarero, por piedad o porque buscara algo conmigo, dejó de cobrar las consumiciones cuando pedí el tercer *gimlet*. Mitad ginebra mitad lima, tal y como me dijo Paloma que se pedía en las películas. Seguro que eso también lo había aprendido de Lauren Bacall.

Al quinto combinado se me acercó una mujer de unos treinta y pico años que estaba en la barra del bar desde que entré. Estuve por levantarme del asiento y largarme. Una cosa es que se me acercasen hombres y otro que la parroquiana del bar que iba engullendo tinto tras tinto cada noche como una borracha me entrara. Comenzaba a sospechar que me tenía que haber hecho lesbiana, me habría ido mucho mejor a tenor del tirón que tenía en el gremio.

—¿Bella del señor? —y me miró con la certeza de que no tenía que preguntármelo, de que no era en realidad una pregunta. Sonó como debió de sonar el «¿Livingstone, supongo?», de Stanley.

¿Cómo sabía ésta el *nick* que yo usaba en la página de contactos?

—Perdona, soy Von Trotta. Nos habíamos citado aquí.

Me quedé perpleja y ella se dio cuenta. Tuvo el detalle de pedirme ella el sexto *gimlet*.

—Pero...

—Cuando llegues a casa encontrarás un mensaje en el que te lo contaba todo. Como no me habías respondi-

do por la tarde decidí venir a contártelo. Me ha dado bastante corte acercarme antes, la verdad. El alcohol ha ayudado, desde luego, porque llevo un ciego...

—Entonces, ¿tú eres...? O sea, a ti te gustan las muj...

—No, no. Me gustan los hombres, como a ti.

Puse cara de no entender nada.

—Verás. Abrí una cuenta por casualidad un día. Me mandaron un correo con una oferta en la que me daban gratis...

—Sí, sí, conozco lo de la oferta.

—Veo que no he sido la única que ha caído con eso de «probar a ver qué tal». Pues bien, se conoce que nadie parecía querer probar conmigo. Ni un correo, ni un mensaje, ni un guiño. Nada.

—Me suena eso que me cuentas.

—Entonces me dijo una amiga, que también tenía una cuenta abierta desde hace tiempo, que probase a abrirme otra como chico para ver cómo se vendía la «competencia».

—Dios mío...

—Sí, yo pensé lo mismo, qué retorcido es esto del amor por Internet, ¿no? A mí nunca se me habría ocurrido, la verdad. Me decidí por tu ficha porque me parecía que te tomabas muy en serio lo del ligoteo. Esas fotos en las que posabas tan provocativa. Parecen de profesional, como si te las hubiera hecho un fotógrafo de estos que trabajan con las modelos. Me pareció que debías tener mucha experiencia en lo de ligar por Internet o que debían

ser falsas, como las que yo había escogido para mi «yo chico». Te escribí por probar, porque quería saber cómo iba realmente esto. Pensé que al final vendría una mujer feúcha, una que hubiera buscado esas fotos en Internet para llamar la atención. Cuando me arrepentí era ya muy tarde. Te escribí contándote todo esto, para evitar que vinieras.

—No tengo ordenador en casa. Lo veo todo en el trabajo. Y, claro, no lo he podido leer si lo has escrito ya por la tarde.

—Ya, yo también lo hago todo desde el trabajo. He venido directamente desde allí, de hecho. Ni me ha dado tiempo a cenar nada con las prisas...

—Yo tampoco he cenado, no fuera a ser que me saliese algún michelín en el vestido.

—Estás estupenda. Las fotografías son casi reales.

—Oye, son reales.

—Ya sabes a qué me refiero.

Lo sabía, claro. Le propuse que nos acercásemos a cenar a alguno de esos restaurantes con la cocina abierta hasta las mil que hubiera cerca. Aceptó. Me dijo que era la primera cita que tenía con una mujer.

—Lo mío es peor. Yo pensaba que mi cita era con un hombre.

—¿Estás segura? ¿Realmente crees que de haber sido un hombre el que hubiera estado detrás de la máscara te habrías decidido a venir? ¿O que te hubieras atrevido? No me digas que no sospechabas que, como hombre, era un tipo un tanto extraño.

—Me gustaría pensar que sí, pero ya no sé qué decirte.

—La verdad, si fuera un hombre estaría encantado de irme a la cama contigo.

—Ya, el problema de todo esto es que no lo eres. Quizá por eso yo había decidido ya irme a la cama contigo antes de llegar.

—Bueno, por una vez la cena será el postre de la cita y no al contrario.

—Anda, al menos no vamos a hacer chistes con esto, que seguro que luego no nos atrevemos a contárselo a nadie.

—No, seguro que no. Además no lo creerían.